

Desde Washington

Jack Anderson al Revés

POR LORENZO MEYER

LA sabiduría popular tiene grandes verdades. Aquí en Washington he podido comprobar que, efectivamente, en todas partes se cuecen habas. Pero antes de intentar hacerle al Jack Anderson mexicano y comentar la naturaleza de la corrupción en otras latitudes, deseo informarles que en esta última semana de septiembre —escribo el día 27— la gran prensa norteamericana nos ha distinguido con su atención otra vez. En efecto, el New York Times publicó un artículo en donde el corresponsal se pregunta si no estará aumentando la represión del gobierno contra sus enemigos. El artículo muestra, entre otras cosas, que la señora Rosario Ibarra de Piedra no necesita muchos recursos materiales para manejar mejor que el gobierno la relación con la prensa internacional. La revista Business Week, por su parte, reconoce en su artículo central de esta semana que el gobierno ha tenido éxito en su política por detener la caída de nuestra economía, pero expresa dudas muy profundas sobre la capacidad de la política actual para volver a poner al país en el carril que lo lleve a reiniciar un crecimiento económico sustantivo.

Dicho lo anterior, permítaseme volver al tema que propuse al principio: el cocimiento de las habas. Como les informé hace un par de semanas, el señor Jack Anderson denunció ante el público norteamericano la corrupción que impera en la política de compras de la Conasupo. Muy probablemente el señor Anderson tiene razón. Sin embargo, no me costó mucho trabajo convencerme de que nuestro gobierno no es el único al que le gusta comprar caros los frijoles con gorgojos, por decirlo de alguna manera. Leyendo la prensa con cierto cuidado, pude comprobar que si los señores del Departamento de la Defensa de Estados Unidos —el Pemex de acá, por lo que a la importancia de sus compras se refiere— ponen el mismo cuidado en comprar sus aviones, submarinos, cañones y cohetes, que en defender su país, entonces Reagan hace muy mal en estar provocando a los rusos. Veamos por qué lo digo.

EN los últimos días se ha dado a conocer el hecho de que el avión militar de transporte C5 que está construyendo la Lockheed Corporation, cuenta con brazos de butaca que costaron 650 dólares cada uno cuando en el mercado abierto se podrían haber conseguido por no más de 25 dólares; las cafeteras gigantes que se les han puesto para que sus ocupantes no se duerman costaron 7,600 dólares, pero otras extraordinariamente parecidas que usan las aerolíneas comerciales, se pueden conseguir por 2,700 dólares. Sabiendo esto, a nadie le puede extrañar que las ganancias de la Lockheed en el pedido de cincuenta de estos aparatos sea de 500 millones de dólares, es decir ciento por ciento más de lo que el Pentágono pensaba darle.

No se trata de un caso aislado. A la General Dynamics Corp., que está construyendo submarinos de ataque nucleares del tipo Los Angeles, le acaban de sacar al sol un trapito muy similar. Resulta que un trío de altos ejecutivos de esa empresa estaba empeñado en tratar de que los contadores de la armada no se dieran cuenta de que el aumento en los costos acordados asciende a 100 o 200 millones, lo que hace que esta empresa y los arquitectos mexicanos tengan alvo en común: salirse del presupuesto. Por su parte, la Ford Aerospace está haciendo quedar en ridículo un proyecto muy querido del secretario de Defensa: el supercañón Sargento York. Se trata de un arma de defensa antiaérea cuyo tiro es controlado por radar, pero que en las pruebas se ha confundido de blanco con una frecuencia que no es digna de una máquina que cuesta seis millones de dólares, y que ha llevado al gobierno a hacer un gasto total en el proyecto de 4,500 millones de dólares, o sea algo así como el 4.7% de nuestra gloriosa deuda externa.

EL mes pasado, la Hughes Aircraft Corp. hizo enojar bastante al Pentágono por la mala calidad de sus productos (misiles y radares, entre otros), al punto que lo llevó a hacer lo que nuestro gobierno hace con frecuencia a sus proveedores: retardar los pagos. Sin embargo, el enojo de los militares fue mucho mayor con la respectable Texas Instruments, pues como entregó muchas microchips defectuosas a los fabricantes de cohetes, ahora éstos corren el peligro de cebarse cuando los quieran prender en caso de un ataque soviético. No hace mucho, un canal de televisión dedicó todo un programa a criticar al Departamento de Defensa por su negativa a adquirir un avión financiado por capital privado (el F-20) que, según los expertos, es más barato y mucho mejor que los F-15 o F-16 que el Pentágono está empeñado en comprar y en hacer que compren los gobiernos extranjeros (por cierto, ¿cómo nos va con nuestros flamantes F-5?).

Todo lo anterior no tiene por objeto negar nuestra propia corrupción, pues estaría cayendo en aquello que hace tiempo advirtió también la sabiduría popular: "Mal de muchos, consuelo de tontos". No, mi objetivo es simplemente demostrar que la "mordida", la ineficiencia y el burocratismo no son males exclusivos de México y que por tanto no debemos sentirnos particularmente ofendidos cuando alguien del extranjero se refiera a ellos. Ahora bien, si es verdad que en todas partes se cuecen habas, hay que reconocer también que entre nosotros este guiso se prepara casi a diario y que sería muy bueno variar la dieta en aras de nuestra salud moral.